

EL BARCO



DE VAPOR

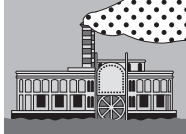
Lauren Oliver

Lísel y Po



sm

EL BARCO



DE VAPOR

Lísel y Po

Lauren Oliver



www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Ilustración de cubierta: Irene Ibáñez
Traducción del inglés: Miguel Azaola

Título original: *Liesl and Po*
Publicado por primera vez en 2011 por Harper Collins US

© del texto: Lauren Oliver, 2011
© Ediciones SM, 2011
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5114-3
Depósito legal: M-27596-2011
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Ana y Jack
y para sus hijos,
Jack, Walter, Lucia y Freddie.*

*También la inspiración puede brotar
en los lugares más áridos.*

PRIMERA PARTE

BUHARDILLAS Y PESADILLAS

1

TRES noches después de que muriera su padre, Lísel vio al fantasma.

Estaba echada en la cama, envuelta en la oscuridad uniforme y gris de su pequeña buhardilla del ático, cuando las sombras parecieron arremolinarse y ondularse en un rincón y, de pronto, junto a su mesa destartada y su taburete de tres patas, surgió una persona de su misma estatura, más o menos. Era como si la penumbra fuera una capa de masa cruda de hacer galletas y alguien hubiera recortado con un molde una forma del tamaño de un niño.

Lísel se sentó, alarmada.

–¿Qué eres? –susurró hacia lo oscuro, aunque sabía que era un fantasma. La gente corriente no se aparece entre las tinieblas ni da la sensación de estar hecha de sombra líquida. Además, había leído sobre los fantasmas. Había leído un montón en su pequeña buhardilla. No había mucho más que hacer.

–Po –dijo el fantasma–. Me llamo Po.

–¿De dónde vienes? –preguntó Lísel.

–Del Otro Lado –dijo el fantasma como si fuera algo normal; como si estuviera diciendo «del piso de abajo», o «de Oak Street», o de cualquier otro sitio conocido.

–¿Eres chica o chico? –Lísel tenía puesto el mismo camisón ligero que llevaba desde el martes, cuando había muerto su padre, y pensó que debía cubrirse si el fantasma era chico.

–Ni lo uno ni lo otro –respondió el fantasma.

Lísel se sorprendió.

–Tienes que ser una cosa u otra.

–No tengo que ser nada de nada –contestó el fantasma con tono irritado–. Soy lo que soy y ya está. En el Otro Lado, las cosas son distintas, que lo sepas. Son más... borrosas.

–¿Pero qué eras? –insistió Lísel–. Ya sabes, antes de...

Po miró a Lísel fijamente durante unos momentos o, al menos, Lísel pensó que el fantasma la miraba fijamente. En realidad no tenía lo que podríamos llamar ojos: solo dos pliegues de oscuridad más intensa donde deberían haber estado.

–No me acuerdo –dijo por fin.

–¡Oh! –exclamó Lísel.

Un trozo aún más pequeño de oscuridad pareció arremolinarse y ondularse junto a Po y a continuación se oyó un ruido en el rincón, una mezcla del maullido de un gato y el gañido de un perrito.

–¿Y eso qué es? –preguntó Lísel.

Po miró hacia el punto en el que habrían estado en otro tiempo sus pies.

–Es Bundle.

Lísel se inclinó hacia delante. No había tenido nunca una mascota. Ni siquiera cuando su padre estaba vivo y sano, hacía ya siglos y siglos, antes de casarse con Augusta, la madrastra de Lísel.

–¿Es tuyo?

–En el Otro Lado, nada es de nadie –dijo Po.

Lísel pensó que el fantasma hablaba con tono de superioridad, pero Po añadió:

–Sin embargo, Bundle viene conmigo allá donde voy.

–¿Es un perro o un gato?

El pequeño fantasma-mascota emitía ahora una especie de ronroneo desde el fondo del gazo. Se deslizó silencioso a través del cuarto y se quedó mirando a Lísel. Ella apenas pudo distinguir una cabecita peluda de sombra indefinida, dos fragmentos puntiagudos de oscuridad que podrían ser unas orejas y dos pequeñas rayas plateadas de luz de luna que parecían unos ojos.

–Ya te lo he dicho –dijo Po–: no es ni una cosa ni otra. Solo es Bundle. En el Otro Lado...

–Las cosas son borrosas, ya lo sé –interrumpió Lísel, y calló por un momento hasta que de pronto pareció ocurrírsele una idea–. ¿Estás aquí para aterrorizarme?

–Claro que no –dijo Po–. No seas estúpida. Tenemos cosas mejores con las que ocupar el tiempo.

Po no soportaba la idea que se hacían las personas vivas de los fantasmas. Odiaba su convicción de que los fantasmas no tenían nada mejor que hacer que vagar por los sótanos y los almacenes abandonados para abalanzarse sobre la gente.

El Otro Lado era un lugar lleno de actividad, tan atareado o más que el Lado Viviente. Los dos mundos funcionaban de forma paralela, como dos espejos que se reflejaran el uno en el otro, pero por lo general Po era muy poco consciente de la existencia del Lado Viviente. No era más que un remolino de colores a su izquierda; una

súbita explosión de sonidos a su derecha; una ligera sensación de calor y movimiento.

Es cierto que Po podía moverse con libertad de un lado a otro, pero en muy pocas ocasiones se tomaba la molestia. En todo su tiempo de muerte, solo había vuelto una o dos veces. ¿Para qué querría ir más a menudo al Lado Viviente? El Otro Lado estaba lleno de espectros y sombras que le empujaban y le zarandeaban. Y de corrientes interminables de aguas oscuras en las que nadar. Y de vastas y profundas noches sin nubes en las que volar. Y de negras estrellas que conducían hacia otras caras del universo.

—Bueno, pues entonces, ¿qué haces en mi cuarto? —le interrogó Lísel cruzando los brazos.

Le molestaba que el fantasma la hubiera llamado estúpida, y había decidido que si Po iba a ponerse difícil, ella también lo haría.

La verdad es que Po no tenía del todo claro por qué había aparecido de pronto en el cuarto de Lísel. (Bundle estaba allí, claro, pero es que Bundle iba allá donde iba Po). Durante los últimos meses, había notado que una leve luminosidad aparecía en los límites de su consciencia todas las noches a la misma hora. Y tras esa luz había un ser viviente, una niña. Y al resplandor de aquella luz, la niña viviente hacía dibujos. Y luego la luz había dejado de aparecer durante tres noches, y también el resplandor, y los dibujos, y cuando Po se estaba preguntando por qué, de repente, ¡plop!, había salido disparado desde el Otro Lado igual que salta el corcho de una botella.

—¿Por qué ya no dibujas? —preguntó Po.

Lísel había dejado de pensar en su padre por unos momentos, pero ahora se acordó de él y la invadió una sensación de angustia. Se echó de espaldas en la cama.

–No me apetece –contestó.

Po estaba de pronto junto a su cama; era una sombra más deslizándose por el cuarto.

–¿Por qué?

Lísel suspiró.

–Mi padre se ha muerto.

Po no dijo nada.

–Pasó muchísimo tiempo enfermo. Estaba en el hospital –prosiguió Lísel.

Po continuó callado. Bundle se alzó sobre sus patas traseras de sombra y pareció mirar a Lísel con sus pupilas de luz de luna.

–Mi madrastra no me dejaba verle –añadió Lísel–. Decía que él no quería que yo le viera así, enfermo. Pero a mí no me hubiera importado. Solo quería decirle adiós. Pero no pude, y no lo hice, y ahora no volveré a verle.

Lísel sintió que una presión enorme le oprimía la garganta, así que cerró los párpados con fuerza y deletreó tres veces mentalmente la palabra «inefable», como hacía siempre que intentaba no llorar.

«Inefable» era su palabra favorita. Cuando Lísel era muy pequeña, a su padre le gustaba sentarse con ella para leerle libros de mayores con auténticas palabras de mayores. Cada vez que encontraban una que ella no conocía, él le explicaba lo que quería decir. Su padre era muy listo; era científico, inventor y profesor de universidad.

Lísel recordaba muy claramente una ocasión, junto al sauce, en que se había vuelto hacia ella y le había dicho:

«Estar aquí contigo me produce un bienestar inefable». Y ella le había preguntado qué quería decir «inefable» y él se lo había dicho.

Le gustaba la palabra «inefable» porque significaba un sentimiento tan intenso o tan grande que no podía expresarse con palabras. Y sin embargo, justo porque no podía expresarse con palabras, la gente había inventado una palabra para expresarlo, y eso le hacía a Lísel sentirse esperanzada en cierto modo.

–¿Por qué querías decirle adiós? –preguntó al fin Po. Lísel abrió los ojos y fijó la mirada en el vacío.

–Porque... porque... eso es lo que uno hace cuando la gente se marcha.

Po volvió a callarse. Bundle se acurrucó junto al lugar en el que habían estado en otro tiempo los tobillos de Po.

–¿En el... en el Otro Lado la gente no se dice hola y adiós? –pregunto Lísel, incrédula.

Po negó con su cabeza de sombra.

–Empujan. Murmuran. A veces cantan. Pero no dicen adiós –pareció reflexionar un momento–. Tampoco dicen hola.

–Suena muy maleducado –dijo Lísel–. Creo que el Otro Lado no me gustaría.

La espalda del fantasma que tenía delante se estremeció ligeramente, y Lísel supuso que se estaba encogiendo de hombros.

–No está tan mal –dijo Po.

De repente Lísel se animó y volvió a sentarse, olvidándose del exiguo camisón que la cubría y del hecho de que Po era un posible chico.

–¡Mi padre está en el Otro Lado! –exclamó–. ¡Tiene que estar allí, contigo! Podrías llevarle un mensaje de mi parte.

Po se volvió intermitente e incierto.

–No todos los muertos vienen al mismo sitio.

El corazón de Lísel dio un vuelco y se le posó en el estómago.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que... –Po empezó a desequilibrarse, quedando cada vez más boca abajo, pero volvió a erguirse enseguida; era algo que hacía con frecuencia cuando pensaba–. Pues que algunos van derechos.

–Derechos, ¿adónde?

–Derechos a otros sitios. Al Más Allá... –cuando se irritaba, el fantasma era más fácil de ver, como si una especie de resplandor recortara el contorno de su silueta–. ¿Yo qué sé?

–Pero ¿crees que podrías enterarte? –Lísel se incorporó y miró fijamente a Po–. Por favor, ¿no podrías... no podrías preguntar? Preguntar, solo eso.

–Quizá.

Po no quería alimentar las esperanzas de la chica. El Otro Lado era inmenso y estaba lleno de fantasmas. Incluso desde el Lado Viviente, Po era capaz de percibir cómo el Otro Lado se extendía en todas direcciones, y sentía cómo nueva gente penetraba incesantemente en sus oscuros y tortuosos corredores. Y una vez en el Otro Lado, la gente perdía su forma enseguida, y su memoria también. Se volvían borrosos, como había dicho Po. Pasaban a formar parte de la oscuridad que llenaba los inmensos espacios interestelares. Se convertían en algo así como la cara oculta de la Luna.

Pero Po sabía que la chica no entendería nada de todo eso si trataba de explicárselo, así que se limitó a decir:

–Quizá. Puedo intentarlo.

–¡Eres muy amable!

–He dicho que lo intentaré. No que lo conseguiré.

–Eres muy amable, de todos modos.

Lísel se sintió esperanzada por primera vez desde que había muerto su padre. Nadie había intentado hacer nada por ella durante muchísimo tiempo, ni siquiera antes de que Augusta decidiera que Lísel tenía que trasladarse a la buhardilla, cuando su padre aún estaba vivo. Y eso había sido meses y meses atrás. Una pila de meses tan alta que, cuando Lísel trataba de recordar los tiempos anteriores a la buhardilla, su memoria se hacía más y más delgada, como si la estirasen, y se rompía antes de llegar al suelo.

Po se desvaneció por un instante y volvió a aparecer en el rincón, siempre como una sombra en forma de persona con una curiosa mascota peluda a sus pies. Bundle volvió a emitir su maullido-ladrido. Lísel decidió que sonaba como «miaguau».

–A cambio, tienes que hacer algo por mí –dijo Po.

–Vale –respondió Lísel, aunque se sentía incómoda. No se le ocurría ni remotamente qué podría hacer ella por un fantasma, sobre todo teniendo en cuenta que no la dejaban salir nunca de la buhardilla. Según Augusta, era demasiado peligroso; el mundo era un lugar terrible que la devoraría-. ¿Qué quieres?

–Un dibujo –le espetó bruscamente Po, y empezó a estremecerse de nuevo, esta vez de vergüenza. No estaba acostumbrado a perder el control.

Lísel sintió alivio.

–Te dibujaré un tren –dijo con vehemencia.

Le encantaban los trenes; por lo menos, cómo sonaban. Oía el eco de sus poderosos silbidos y el traqueteo de sus ruedas sobre los raíles, y escuchaba cómo se alejaban más y más, gimiendo cual pájaros que se llamaran en la distancia, y a veces confundía los dos sonidos y se imaginaba que los trenes tenían alas con las que podían llevar a sus pasajeros por el cielo.

Po se quedó callado y pareció fluir hacia las sombras del rincón. E inmediatamente su silueta se fundió con la sombra de Bundle, y luego con las de la mesa destaralada y el taburete de tres patas.

Lísel suspiró. Estaba otra vez sola.

De repente, la silueta de Po surgió bruscamente de la esquina. Miró por un momento a Lísel.

–Adiós –dijo al fin.

–Miaguau –hizo Bundle.

–Adiós –contestó Lísel, pero esta vez Po y Bundle se habían ido de verdad.

EN el mismo momento en que Lísel pronunciaba la palabra «adiós» en un cuarto vacío, un aprendiz de alquimista con aspecto exhausto se detuvo frente a su casa en la calle silenciosa y observó la ventana de Lísel mientras se compadecía de sí mismo.

Llevaba un gabán amplio y abultado que le llegaba bastante más abajo de las rodillas y que, de hecho, había pertenecido hasta hacía muy poco a alguien que le doblaba en edad y estatura. Bajo el brazo sujetaba una caja de madera, más o menos del tamaño de un pan de molde, y en el pelo, que le brotaba de la cabeza en insólitos y variados ángulos, llevaba enredados restos de heno y hojas secas, dado que la noche anterior había vuelto a estropear una poción y el alquimista le había obligado a dormir en la parte de atrás, donde vivían las gallinas y los demás animales.

Pero esa no era la razón por la que se compadecía de sí mismo el chico, cuyo nombre era Will, pero que también respondía a los nombres de «Inútil», «Nulidad», «Mocoso» y «Llorica», al menos cuando quien se dirigía a él era el alquimista.

Se compadecía de sí mismo porque con esta ya iban tres noches que no se sentaba tras la ventana de la buhardilla

aquella chica tan guapa de pelo castaño, que se recortaba en el resplandor dorado del quinqué que tenía a su izquierda y bajaba la mirada como si estuviera trabajando en algo.

–¡Jinojo! –dijo Will, lo mismo que solía decir el alquimista cuando estaba contrariado por algo. Y como Will estaba terriblemente contrariado, lo repitió–: ¡Jinojo!

Había estado seguro, ¡seguro!, de que la chica estaría allí esa noche. Por eso se había desplazado tan lejos. Por eso se había desviado hasta Highland Avenue en vez de ir directamente a Ebury Street, como el alquimista le había ordenado una docena de veces.

Mientras caminaba por una calle desierta tras otra, en medio de un silencio tan espeso como un jarabe en el que el eco de sus pisadas se perdía antes de posar el pie de nuevo, se lo había imaginado perfectamente: daría la vuelta a la esquina, divisaría aquel pequeño recuadro luminoso, tantos pisos más arriba, y vería su cara flotando en él como una única estrella. Hacía tiempo que Will había decidido que la chica no era el tipo de persona que le llamaría con nombres que no fueran el suyo propio. Seguro que no era impaciente, ni mezquina, ni gruñona, ni presumida.

Era perfecta.

La verdad es que Will no había hablado nunca con la chica. Y en algún rinconcillo de su mente, algo le decía que era estúpido seguir buscando excusas para pasar bajo su ventana una noche tras otra. Era una pérdida de tiempo. Era, como hubiera dicho el alquimista, inútil. («Inútil» era una de las palabras favoritas del alquimista, y la usaba indistintamente para describir los planes, los pensamientos, el trabajo, el aspecto y la persona misma de Will).

Will estaba convencido de que si alguna vez tenía la oportunidad de hablar con la chica de la ventana, le daría demasiado apuro hacerlo. Además, estaba seguro de que nunca tendría esa oportunidad. Ella estaba en su ventana, muy por encima de él. Y él estaba en la calle, muy por debajo de ella. Y así eran las cosas.

Pero durante el año que había pasado desde que viera por primera vez su cara en forma de corazón en medio de aquella luz, y por más que se hubiera propuesto ir en dirección contraria o se hubiera jurado mantenerse lejos de Highland Avenue, no había habido noche en que sus pies no le fueran llevando de algún modo hasta el mismo trocho de acera, justo debajo de su ventana.

La verdad era que Will estaba solo. Durante el día estudiaba con el alquimista, que tenía setenta y cuatro años y olía a leche agria. Por la noche hacía recados para el alquimista por los andurriales más oscuros, solitarios y desolados de la ciudad. Antes de descubrir a la chica de la ventana, había pasado semanas enteras sin ver a una sola persona aparte del alquimista y de las gentes extrañas, malencaradas, deformes y desesperadas con las que él urdía sus tejemanejes en plena noche. Antes de verla a ella, se había acostumbrado a moverse en una oscuridad y un silencio tan espesos que los sentía como un manto sofocante.

Las noches eran gélidas y húmedas. No podía quitarse el frío de los huesos por mucho rato que se sentara al fuego cuando regresaba al laboratorio del alquimista.

Hasta que, una noche, había doblado la esquina de Highland Avenue y, en lo más alto de una enorme casa blanca decorada de arriba abajo con balcones, floritu-

ras y adornos que parecían el glaseado de una tarta, había visto una única y cálida luz en una única ventanita, y en ella la cara de una chica, y la cara y la luz le habían hecho sentir calor hasta en lo más profundo de sí mismo. Desde entonces, había ido a verla todas las noches.

Pero las tres últimas, la ventana había permanecido a oscuras.

Will se pasó la caja del brazo izquierdo al derecho. Llevaba un largo rato de pie en la acera y la caja se le estaba haciendo pesada. No sabía qué hacer. Ese era el problema. Temía, sobre todo, que le hubiera pasado algo malo a la chica, y sentía (cosa rara, porque nunca le había dirigido la palabra en su vida) que, si era cierto, nunca se perdonaría a sí mismo.

Miró fijamente tanto el porche de piedra como la puerta de doble hoja que se percibían tras la verja del número 31 de Highland Avenue. Pensó en entrar por el portón, subir los escalones del porche y llamar con el pesado aldabón de hierro.

–Hola –diría–. ¿Le ha pasado algo a la chica de la buhardilla?

«Inútil», habría dicho el alquimista.

–Hola –diría–. Durante mis caminatas nocturnas, no he podido por menos de observar a la chica que vive arriba. Es muy guapa, y tiene la cara en forma de corazón. Llevo varios días sin verla y quisiera saber si todo va bien. ¿Podrían decirle que Will ha preguntado por ella?

«Penoso», habría dicho el alquimista. «Peor que inútil. Tan ridículo e ingenuo como una rana intentando convertirse en el pétalo de una flor...».

Y justo cuando el sermón imaginario del alquimista llegaba a su apogeo en la mente agotada e indecisa de Will, ocurrió lo inesperado.

La luz de la buhardilla se encendió y, sobre el mínimo y suave resplandor, apareció de pronto la cabeza de Lísel. Una vez más estaba inclinada hacia abajo, como si la chica trabajara en algo, y por un momento Will echó a volar la fantasía (como siempre hacía) e imaginó que le estaba escribiendo una carta.

«Querido Will», pondría. «Gracias por apostarte debajo de mi ventana todas las noches. A pesar de que nunca hemos hablado, quisiera decirte cuánto me has ayudado...».

Y a pesar de que Will sabía que aquello era absurdo (porque, en primer lugar, la chica de la ventana no conocía su nombre y, en segundo, era casi imposible que le viera, estando como estaba de pie en la más negra oscuridad), solo con ver a la chica e imaginarse la carta se sintió inmensa e increíblemente feliz. Tan feliz que no tenía palabras para ello, porque aquella no era igual a ninguna otra clase de felicidad conocida, como la de hincarle el diente a una comida cuando tenía hambre, o la de echarse a dormir (solo algunas veces) cuando estaba muy cansado. Ni siquiera era como contemplar las nubes o correr todo lo rápido que podía cuando nadie le miraba. Este nuevo sentimiento era todavía más sutil y, en cierto modo, también más satisfactorio.

Allí, de pie en la oscura esquina de la calle, con la noche callada y negra estrujándole por todos lados como un puño, Will recordó de pronto algo en lo que no había pensado desde hacía mucho tiempo. Recordó un día en

que iba de vuelta al orfanato desde la escuela, antes de que le adoptara el alquimista, y a medio camino vio cómo Kevin Donnell torcía a la izquierda delante de él y cruzaba una bonita cancela pintada.

Nevaba, era tarde y se estaba haciendo de noche, y al pasar por delante de la casa de Kevin Donnell, Will vio la puerta abierta de par en par. Dentro pudo atisbar luz y calor y la reconfortante silueta de una mujer. También pudo oler un aroma de carne guisada y jabón y oír el trino suave de una voz que decía: «Entra; debes de estar helado...». Y el dolor que sintió entonces en su interior fue tan agudo y tan profundo que se miró el torso pensando que le había atravesado un cuchillo.

Mirar a la chica en la ventana de la buhardilla era como mirar dentro de la casa de Kevin Donnell, pero sin el dolor.

Y en ese momento, Will se juró que nunca dejaría que le sucediera nada malo a la chica de la ventana. La idea fue tan repentina como absolutamente seria. No podía permitir que nada malo le ocurriera. Tenía el vago presentimiento de que eso sería terrible también para él.

El sonido de las campanas de la iglesia reventó el silencio de pronto, y Will dio un respingo. ¡Las dos de la madrugada ya! Hacía más de una hora que había salido del laboratorio del alquimista y aún tenía que hacer todos los recados que le había encargado.

–Lo primero, ve a casa de la señora Premiere –había dicho el alquimista, embutiendo bien la caja entre los brazos de Will–. No te detengas por ningún motivo. Corre allá y dale esto. No permitas que nadie más lo vea ni lo toque. ¡Llevas contigo un gran hechizo! Un hechizo

formidable. El más grande que he producido nunca. El mayor que he intentado jamás.

Will había ahogado un bostezo intentando aparentar seriedad. Cada vez que el alquimista hacía una nueva poción, decía que era la más importante que había producido nunca, y últimamente sus palabras no le impresionaban con facilidad.

Sospechándolo quizá, el alquimista había murmurado «Inútil» por lo bajo. Luego, frunciendo el ceño, le había dado una lista de ingredientes que debía recoger en casa del señor Grey después de realizar la entrega.

El caso es que eran ya las dos en punto y Will no había visto a la señora Premiere ni había pasado por la casa del señor Grey.

Tomó una repentina decisión: la señora Premiere vivía en el otro extremo de la ciudad, cerca del laboratorio del alquimista, mientras que el local del señor Grey se encontraba solo a unas manzanas del lugar donde él estaba ahora. Si entregaba primero el hechizo, tendría que cruzar toda la ciudad, volver a cruzarla de nuevo y atravesarla una tercera vez. Y no llegaría a casa a tiempo de dormir más de una hora. En realidad, no debería haber venido a ver a la chica de la ventana. Era absurdo. Pero no tenía ningún remordimiento por haberlo hecho; de hecho, se sentía mejor de lo que se había sentido en varios días.

Eso era: iría primero a ver al señor Grey y luego, de camino a casa, entregaría el hechizo a la señora. Y el alquimista jamás se enteraría del cambio. Además (Will volvió a cambiar la caja de brazo), seguro que la poción consistía en polvos mágicos corrientes para curar verru-

gas, hacer crecer el pelo, recordar las cosas durante más tiempo o algo por el estilo.

Will hurgó en sus bolsillos y sacó la arrugada lista que el alquimista había garabateado apresuradamente en un trozo de papel. Nada extraordinario: la barba de un hombre muerto, algunos recortes de uñas, dos cabezas de pollo y el ojo de una rana ciega.

Sí, decidió Will mientras dirigía una última mirada a la ventana antes de irse: primero recogería los ingredientes y luego entregaría el hechizo.

Arriba, en su cuarto, Lísel dibujaba un tren con alas que flotaba en el cielo.